

## Estudios para una cultura de la paz

*Presentación del libro: "¡Nunca más la Guerra, es el grito de la paz! Estudios para construir una auténtica cultura de la Paz", de Luis H. Rivas (editor), Editorial Claretiana, Buenos Aires, 2014, que tuvo lugar en el Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales, Buenos Aires, el 9 de junio de 2014<sup>1</sup>. Con la participación de Adalberto Rodríguez Giavarini; Marco Gallo; Norberto Padilla y Luis H. Rivas.*

**Adalberto Rodríguez Giavarini<sup>2</sup>:** Buenas tardes y bienvenidos al Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales, a la presentación del libro titulado *¡Nunca más la guerra, es el grito de la paz! Estudios para construir una auténtica cultura de la paz* de Monseñor Luis Heriberto Rivas. Se referirán al mismo, además de su autor, Marco Gallo, miembro del Consejo Argentino para la Libertad Religiosa, y Norberto Padilla, profesor de la Universidad de Buenos Aires y de la Universidad Católica Argentina y ex Secretario de Culto de la Nación.

Luis Heriberto Rivas nació en la ciudad bonaerense de 25 de Mayo en 1933 y fue ordenado sacerdote el 20 de diciembre de 1959 por la Arquidiócesis de Buenos Aires. Es prelado de honor de Su Santidad desde 1991. Es sacerdote de la Arquidiócesis de Buenos Aires, Licenciado en Teología por la Universidad Católica Argentina y en Exégesis Bíblica por la *Commissio Pontificia de Re Biblica* del Vaticano. Fue secretario adjunto para las relaciones judeo católicas del Departamento de Ecumenismo del CELAM. Se desempeñó como presidente de la Sociedad Argentina de Teología durante varios períodos y perito de la Comisión Episcopal de Fe y Cultura del Episcopado argentino.

El Licenciado Rivas es un prestigioso especialista en estudios de la Biblia. Ha publicado numerosos libros. Actualmente es director de la Revista Bíblica Argentina y profesor titular ordinario con dedicación especial en la Facultad de Teología de la Universidad Católica Argentina. También ha sido docente en centros teológicos del país y del exterior.

En cuanto al tema que aborda el libro, me gustaría señalar que la guerra es la forma de conflicto sociopolítico más grave entre dos o más grupos humanos y es, quizás, una de las más antiguas de todas las formas de relación internacional. Durante siglos, se ha intentado encontrar sus causas y prevenir su estallido. Para muchos teóricos, la disciplina de las relaciones internacionales es un intento académico de formular científicamente esta problemática para arribar a una solución.

---

<sup>1</sup> Transcripción editada por Alberto E. Dojas. Véase el índice de esta obra, información adicional y el video completo de esta sesión en: [www.aedojas.com.ar](http://www.aedojas.com.ar).

<sup>2</sup> Presidente del CARI.

La UNESCO entiende que para promover una cultura de la paz es necesario fomentar el pluralismo cultural y el diálogo entre las culturas a través de la incorporación del respeto a la tradición religiosa de cada cual y la convivencia pacífica con el prójimo, como así también el diálogo intercultural.

En este sentido, una cultura de paz supone un esfuerzo generalizado para modificar mentalidades y actitudes, con ánimo de promover la paz. En otras palabras, es transformar y prevenir los conflictos y restaurar la paz y la confianza en poblaciones que emergen de la guerra. En la práctica, la cultura de la paz está estrechamente relacionada con el desarrollo de una cultura de la democracia. Los procedimientos democráticos y los sistemas equitativos de gobierno aseguran el desarrollo de una paz duradera. Su creación constituye un paso fundamental en el camino hacia una cultura de la paz.

La obra que se presenta comienza con una mirada de la paz desde las Sagradas Escrituras y analiza detalladamente y en profundidad aquellos aspectos más relevantes en la relación entre la religión cristiana y la paz. Esta relación no sólo está plasmada en los Textos Sagrados sino también en las acciones concretas de la Iglesia, incluso aquellas actitudes controvertidas. El cristianismo puede ser un aporte positivo al proceso de construcción de paz en el mundo a través de su mensaje de conciliación y perdón. Además, el Sumo Pontífice, con su conducta, al igual que sus antecesores, ejemplifica la consideración amorosa hacia el otro y pondera el diálogo como condición básica de la interrelación humana, como bien lo demostró en su reciente visita a Medio Oriente y ayer mismo en la Oración por la Paz en los jardines de Vaticano, donde Shimon Peres, Mahmoud Abbas, Bartolomé y Francisco pidieron a Dios el don de la paz. Qué extraordinario fue oír al unísono el pedido de paz, *shalom* y *saalam!*.

Enriqueciendo aún más la discusión sobre los estudios de la paz, el libro presenta el papel de los organismos internacionales en la tarea de establecer la paz en el mundo y la cuestión de los grupos vulnerables en casos de conflictos armados. Desde el Congreso de Viena, la diplomacia multilateral tuvo un rol crucial en el desarrollo y solución pacífica de los conflictos internacionales. Sólo basta pensar en la Sociedad de las Naciones, más allá de todas sus limitaciones, las Naciones Unidas, la Organización de los Estados Americanos, la Unión Europea y tantos otros. Esta relevancia de las organizaciones internacionales refleja la necesidad de fortalecer la institucionalidad en todos los aspectos de la vida política de la humanidad.

Un tema crucial para alcanzar y consolidar la paz es el ejercicio pleno de la libertad religiosa. En esta casa, el Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales, la presencia continuada del Consejo Argentino para la Libertad Religiosa (CALIR) ha marcado indeleblemente nuestra vocación por abordar este tema, que siempre hemos considerado un elemento básico para el estudio y análisis de las relaciones internacionales, dado por la impronta de los fundadores de esta casa y el particular énfasis que Carlos Manuel Muñiz hizo en esta temática. Consecuentemente, el CARI ha adherido plenamente al Congreso

Internacional sobre “La libertad religiosa en el Siglo XXI: religión, estado y sociedad” que celebrará el CALIR el próximo mes de septiembre en la Universidad Nacional de Córdoba.

Este abordaje es particularmente necesario, ya que a fines de la década pasada una detallada investigación del tema por parte de la Pew Charitable Trust constató que entre 198 países, 178 requerían una pertenencia religiosa para trabajar en áreas gubernamentales, generando en 117 de ellos problemas con algunas religiones, y que en 75 países existen esfuerzos oficiales para “persuadir” en la adopción de una creencia religiosa. Como se observa, no es sólo en las posiciones más extremas donde se encuentran amenazas concretas al ejercicio de la libertad religiosa, pilar básico en nuestra concepción para la vigencia universal de los derechos humanos, como históricamente han sostenido las Naciones Unidas.

En tal sentido, considero esclarecedor, por su directa incidencia en la materia que nos ocupa, el muy reciente trabajo del doctor Norberto Padilla, que nos acompaña en el podio: “¿Se puede hablar de religión en la escuela?”, que analiza adecuadamente la trascendencia de la sentencia de la Cuarta Cámara de Apelaciones de Mendoza sobre la conmemoración de los días del Patrón Santiago y de la Virgen del Carmen de Cuyo en el calendario escolar provincial. Recomiendo vivamente su lectura y profundización.

A lo largo de la historia, los factores estructurales o institucionales han podido definir grandes procesos pero los quiebres y el rumbo que esas rupturas siguieron, se han debido, generalmente, al factor humano.

Finalmente, quiero resaltar la incorporación en la obra de personalidades que se han destacado en los últimos tiempos por su compromiso en la tarea de fortalecer la paz entre los seres humanos. Por ello, felicito al autor, monseñor Luis Rivas, y también a Ricardo Arredondo que nos acompaña hoy; Claudio Bedriñán; Alberto Dojas; Marco Gallo; Juan José García; Hernán Giúdice; Gustavo Irrazábal; el Cardenal Jorge Mejía -por quien, en este momento, elevamos nuestras plegarias a Dios que mejore su salud-; Luis Domingo Mendiola y Daniel Nannini. Un agradecimiento especial merece la Editorial Claretiana por haber contribuido con esta obra.

Ahora quisiera ceder la palabra a Marco Gallo, quien se referirá, con su habitual solvencia, al contenido de esta significativa publicación. Luego, tendremos palabras de Norberto Padilla y del propio autor. A todos ustedes por la presencia, señoras y señores, muchas gracias.

**Marco Gallo**<sup>3</sup>: Buenas noches. Yo quisiera, ante todo, recordar que no pertenezco al CARI, mas soy miembro de la Comunità di Sant'Egidio y bajo este título estoy aquí.

---

<sup>3</sup> Licenciado en Letras y Filosofía de la Universidad “La Sapienza” de Roma. Coordinador de la Cátedra Pontificia Juan Pablo II, Benedicto XVI, Francisco de la UCA.

Este libro es, sin duda, un instrumento útil para comprender qué significa construir la paz. Presenta la paz y toda la cultura que engendra desde diferentes enfoques, como Adalberto Rodríguez Giavarini ha comentado. Además, la presentación de hoy es justamente el día después del Encuentro de Oración que se realizó en Vaticano entre israelíes y palestinos con el Papa Francisco. Esto también nos recuerda que la paz, ante todo, es un compromiso personal y cotidiano. Como dice el Papa Francisco, hay que ser artesanos de la paz.

Yo hablaré de algunos de los escritos publicados en el libro. Me parece un libro muy denso que, quizás, sería interesante proponer a nivel universitario. Me parece que condensa una serie de enfoques muy significativos. Entonces, me referiré a algunos de estos ensayos.

En el primero de los dos ensayos de Damián Nannini, sobre la paz en la Sagrada Escritura, el autor afirma una cosa muy verdadera: *“Si tenemos paz, podemos disfrutar de lo poco o mucho que poseamos. Si no tenemos paz en el corazón, no podemos sentirnos felices aunque, materialmente, nada nos falte”*. Y prosigue: *“No hay desarrollo social posible ni bienestar presente ni futuro para la sociedad si no hay paz. Sabemos que la guerra destruye todo”*. A partir de estas afirmaciones, quiero recordar a Andrea Riccardi, fundador de la Comunidad Sant’Egidio, hombre de paz y uno de los artífices de la paz en Mozambique, firmada en 1992 en la Sede de la Comunidad de Sant’Egidio en Roma, que acuñó una definición de la guerra como *“la madre de todas las pobreza”*. Los ensayos de Nannini nos ayudan a ver cómo la paz es un anhelo continuo del hombre y, por otra parte, es una paciente construcción. El hombre, con el pecado original, rompe esta armonía y solamente el arco iris es signo de carácter universal para que yo recuerde esta nueva alianza y no vuelva a destruir la humanidad.

Todo el Nuevo Testamento está orientado hacia Jesús, el príncipe de la Paz. La misión de la Iglesia es una misión de paz para todo el mundo, y todos los cristianos en la comunidad de los creyentes están llamados a vivir la paz como un don que debe ser gastado. El padre Bedriñán nos ofrece una clave de lectura entre el bien y el mal: *“En la victoria de los débiles, los que vencen son mártires y santos. La victoria está dada por el fracaso de la cruz”*. Se trata de una lógica al revés; como decíamos, una lectura a ‘contrapelo’.

Las diferentes interpretaciones sobre la paz que presentan los Padres de la Iglesia nos hacen ver un panorama no uniforme. El autor Hernán Giúdice sintetiza que en la era pre constantiniana dominó, casi sin excepción, un pensamiento pacifista que consideró incompatible la fe cristiana con la práctica de la guerra y, por ende, la participación del ejército. Aquí quiero leer lo que dice Orígenes en su obra *Contra Celso*:

*“A los que son ajenos a nuestra fe, piden hacer la guerra y matar hombres por interés común, les podemos decir también lo siguiente: también los que, según vosotros, son sacerdotes de ciertos ídolos o guardianes de los que tenéis por dioses conservan sin manchas su diestra por razón de los sacrificios, a fin de ofrecer esos supuestos sacrificios a esos decís ser dioses. Y, realmente, cuando estalla una guerra, no hacéis de los sacerdotes soldados”*.

Por otra parte, respecto de la acusación de que los cristianos no van a la guerra:

*“Nosotros, que con nuestra oración destruimos a todos los demonios, que son los que suscitan las guerras y violan los tratados y perturban la paz, ayudamos al emperador más que quienes, aparentemente, hacen la guerra. Cooperamos también en las cosas comunes nosotros, que, a nuestras oraciones, hechas con justicia, añadimos ejercicios y meditaciones que nos enseñan a despreciar los placeres y a no dejarnos arrastrar por ellos”.*

Junto a muchas otras interesantes afirmaciones que hacen los Padres está, por ejemplo, el tema del primer objetor de conciencia, Maximiliano, que decide no participar: es toda una dinámica muy interesante de la concepción de la paz.

Luego del Edicto de Milán y la consiguiente cristianización del imperio en el 313 con el Edicto de Constantino, el pensamiento patrístico no pudo obviar cuestiones políticas propias del gobierno imperial, en cuyo tenor el dilema moral dejó de ser la aceptación de la guerra justa o legítima, rechazando en todos los casos aquella motivada por el odio o la ambición de conquista.

El libro analiza el tema de las cruzadas, insertándolas dentro de una experiencia religiosa: el tema de la peregrinación y también de los encuentros y no sólo desencuentros entre culturas y religiones. Es interesante, por ejemplo, el tema de Pietro l'Eremita que en esta ocasión va a hacer traducir el Corán. En estos flujos de encuentros no hay que ver simplemente el tema del choque. Aquí yo agregaría a San Francisco de Asís, el encuentro con el sultán de Damietta y el tema contra corriente o anti conformista de lo que fue la experiencia franciscana en tiempos de las cruzadas. El significado de la cruzada es hoy controvertido.

Es muy interesante el ensayo de Gustavo Irrazábal, que analiza desde un punto de vista teológico el lento cambio de la Iglesia de la doctrina de la guerra justa a la de la paz justa, pasando al tema de la no violencia de Juan Pablo II, la injerencia humanitaria y la defensa de las poblaciones, pensando en la experiencia durante la guerra de los Balcanes. La concepción de Francisco de Vitoria: *“la guerra es inmoral porque dañará el bien común”*, luego las tradiciones enfrentadas de la guerra justa a la no violencia del Concilio Vaticano II y la doctrina de la paz y de la no violencia en San Juan Pablo II que se une al intervencionismo actual por la paz del Papa Francisco. En la oración de ayer, exactamente en este camino retomando el espíritu de Asís y San Juan Pablo II, Francisco centra el tema de la paz directamente en la oración. La oración con esa fuerza débil que puede cambiar la historia. Como decía Juan Pablo II, hay siempre sorpresas en la historia.

Luego, las gestiones por la paz de la Santa Sede, este hilo rojo que une a todos los pontífices desde el 900 hasta el comienzo del siglo XXI.

Me parece muy útil lo que plantea el cardenal Mejía en la descripción de las Jornadas Mundiales por la Paz en 1968, instauradas por Pablo VI y cómo en el magisterio de Juan Pablo II se ha fecundado el evento histórico de la oración por la paz de Asís. Esta cantera de

la paz, como la definió el santo polaco, que tiene íconos de paz en aquellas pinceladas ofrecidas por Luis Mendiola sobre hombres como Martin Luther King, Gandhi, no sólo cristianos sino también exponentes laicos, como Willy Brandt, que nos hace reflexionar cómo todos desde nuestras culturas, desde nuestras posiciones religiosas podemos ser artesanos de la paz.

Es un libro que nos ayuda a reflexionar sobre nuestras responsabilidades como adultos en la transmisión de una cultura de la paz a las nuevas generaciones. Una cultura que crece en el interés, sin prejuicios hacia el otro, una cultura de la paz que debe desterrar la cultura del enfrentamiento, del enemigo (muy presente en la Argentina), bien arraigada en nuestra conciencia y en nuestras mentalidades.

El trabajo por la paz de Sant'Egidio es la demostración concreta de que la paz nace y crece de un amor concreto por los pobres. Y quiero decir que el domingo que viene el Papa Francisco visitará la Comunidad de Sant'Egidio de Roma y los pobres a los que la Comunidad sirve. Los pobres son la clave para construir una cultura de la paz. Si no se experimenta el dolor ajeno, el sufrimiento del otro y no nace la compasión, no se puede construir una verdadera cultura de la paz. Gracias.

**Adalberto Rodríguez Giavarini:** Agradezco a Marco Gallo y a la Comunidad de Sant'Egidio y me congratulo de la presencia del padre de Alberto Dojas: muy bienvenido!.

**Norberto Padilla<sup>4</sup>:** Muchas gracias, Señor Presidente del CARI, oradores, amigos. La frase "Nunca más la guerra" resuena hoy en el trasfondo de tres hechos de estos meses. Más inmediato y más inesperado es el encuentro de oración de ayer en el Vaticano. Los otros, los cien años del estallido de la Primera Guerra Mundial y los setenta del Desembarco de Normandía, el Día D, el 6 de junio. Agregó uno personal: la tarde del 4 de octubre de 1965, con mi padre, pegados a la radio, escuchando el excelente francés de Pablo VI (el francés era – no sé si sigue siendo– el idioma de la diplomacia), su "Nunca más la guerra, nunca más". Era la Asamblea de las Naciones Unidas, a la que había ido llevando el mensaje de la Iglesia "experta en Humanidad", presencia algo impensable solamente unos años antes, en que, por ejemplo, recibía críticas Juan XXIII por *Pacem in Terris* y el reconocimiento, aun con reservas, del valor de las Naciones Unidas y de la Declaración Universal de los Derechos Humanos.

Este libro de Editorial Claretiana es el segundo que Monseñor Luis Heriberto Rivas encara con un conjunto de colaboradores, el primero fue sobre la pena de muerte. Ahora, un equipo de destacadas personalidades provenientes de los ámbitos teológico, jurídico y diplomático confluyen bajo su coordinación para este libro sobre la paz.

Quisiera, ante todo, destacar la figura de Luis Heriberto Rivas, ya expuesta por el doctor Rodríguez Giavarini, ahora profesor emérito de la UCA, biblista de excelencia, que ha

---

<sup>4</sup> Ex Secretario de Culto de la Nación. Miembro fundador del Consejo Argentino para la Libertad Religiosa (CALIR). Profesor Titular de la Facultad de Derecho de la UCA.

enseñado a generaciones de alumnos, en buena parte seminaristas, y a un público más vasto a través de sus publicaciones, a conocer y amar la palabra de Dios.

Y de esa intimidad con la Biblia, Rivas es uno de los interlocutores más acreditados del diálogo con el judaísmo, en el que comenzó con su amigo y colega de la Facultad de Teología el cardenal Jorge Mejía, colaborador de este volumen. Dentro de dos días, en feliz e inesperada coincidencia con este acto, Luis recibirá el doctorado *Honoris Causa* de la UCA de mano del Gran Canciller cardenal Poli, en reconocimiento a su persona, al sacerdote y al maestro. [Aplausos].

Entramos a esta serie de estudios por la puerta de la Biblia, de la mano de Daniel Nannini. Son estudios extensos e impresionantes en toda su complejidad: el Antiguo Testamento está repleto de luchas, de guerras y de exterminio. Basta pensar en el texto del Éxodo que leemos cada Vigilia Pascual, sobre el final de los Egipcios en el Mar Rojo, de quienes no quedó ninguno para contarlos, ni sus carros y caballos. A la vez, los salmos y los profetas, que abundan en invocaciones a un Dios vengador y defensor de su pueblo amado y elegido, Israel, nos traen la descripción de la paz, *shalom*, “encarnada”, dice el autor, por cuanto Dios habla a su pueblo en un contexto histórico concreto, con una persona también concreta, el Mesías que vendrá, príncipe de la paz. Así, los textos de Isaías, un fragmento del cual fue leído ayer por la parte cristiana de la invocación por la paz en el Vaticano, o Zacarías, con el Mesías montado en un asno, no a caballo o carro de guerra, en el que vemos los cristianos la escena del Domingo de Ramos.

Citando el documento de la Pontificia Comisión Bíblica, “El pueblo judío y sus escrituras sagradas en la Biblia cristiana” (debo decir, con un admirable prefacio del cardenal Joseph Ratzinger), señala el autor que el Nuevo Testamento tiene con el Antiguo una relación de continuidad, discontinuidad y de progreso, que analiza desde los mismos conceptos y sentidos de paz, *shalom* e *eirené*, paz “que viene de lo alto”, que cantan los ángeles la primera Navidad, las bienaventuranzas, el amor al enemigo, la paz en el saludo del Resucitado, y ya en las cartas de San Pablo, como saludo y como síntesis: “Cristo es nuestra Paz”, entre muchos otros textos. A diferencia del Antiguo, en el Nuevo Testamento no hay lugar para la guerra y la violencia, a las que hay que transformar en amor y construir el Reino desde ahora, reino de paz y de justicia, de vida y de amor.

Claudio Bedriñán, capuchino, nos lleva al último libro de la era cristiana, el Apocalipsis, y a la batalla final contra las fuerzas del mal. Su advertencia, habitual cuando se piensa en el Islam, también vale para él para la Biblia judeo-cristiana: no buscar allí justificaciones de la violencia. Lo decía en Tierra Santa, en la Mezquita de Omar el Papa Francisco, como antes San Juan Pablo II: Que nadie instrumentalice el nombre de Dios para la violencia.

Hernán Giúdice, doctor y profesor de Patrística, aborda desde su especialidad a los Padres de la Iglesia de los primeros siglos del cristianismo. Como ya ha expresado Marco Gallo, hay un inicial rechazo a la milicia y esto se ve, por ejemplo, en la preciosa vida de San Martín de Tours escrita por Sulpicio Severo. Sin embargo, la decadencia y caída del imperio,

asediado por pueblos paganos, va llevando a cambiar esta posición hacia una concepción de la guerra justa. Hernán Giúdice señala que San Agustín contribuyó no poco a delinear esta concepción: es, ante todo, un teólogo de la paz, palabra recurrente a lo largo de su monumental obra, y ello, concluye, es aplicable a los otros Padres: la clara preeminencia de la paz. Es, también, una invitación para los católicos a leer a los Padres de la Iglesia. Yo recuerdo las audiencias generales sobre los Padres de la Iglesia, que son de una riqueza extraordinaria.

Juan José García, con tres doctorados, Historia, Filosofía y Teología, asume una tarea que necesita de todos ellos: las Cruzadas, puestas, en general, como expresión de la incoherencia de la Iglesia con la enseñanza evangélica sobre la paz. García profundiza en el significado de esa enorme movilización del Occidente medieval, fruto de la imbricación entre lo religioso y lo temporal. Para muchos, dejar familia y posesiones era un peregrinar para liberar los lugares santos de la Redención, en tanto que, para otros, formas de obtener poder y lucro, en definitiva como ocurre en las grandes empresas como la de América a partir de 1492 y, por qué no, en nuestros mismos proyectos y decisiones individuales en que se mezclan las razones.

Los triunfos cristianos fueron efímeros, las consecuencias en Europa no menores (ayudaron a debilitar el feudalismo en beneficio del poder de los reyes pero, también, significaron un intercambio cultural entre Occidente y Oriente, como señalaba Marco la traducción del Corán). Dejaron heridas no solamente con el mundo islámico, sino con la ortodoxia, que nunca olvidó el saqueo de Constantinopla por los cruzados en 1204. Cuando fue a Atenas, Juan Pablo II tuvo que pedir perdón públicamente por este saqueo de Constantinopla que los griegos recuerdan permanentemente. Nuestra memoria de hechos como las Cruzadas no puede hacerse desde las categorías actuales, sino con discernimiento acerca de las personas, las circunstancias y las categorías de la época, lo que hace especialmente bienvenido este trabajo del doctor García.

Precisamente, las Cruzadas merecen la atención de Gustavo Irrazábal, coincidente con el anterior, en que fue una modalidad de “guerra santa” que deja lugar al uso desprejuiciado y brutal de la fuerza y el odio al enemigo en nombre de Dios. El autor revisa la Doctrina de la Guerra Justa, desde la primitiva Iglesia a Santo Tomás de Aquino y Francisco de Vitoria y, más modernamente, a Pío XII, quien, ante el horror de la guerra moderna y la amenaza nuclear, la calificó de absurda como medio para reparar un derecho violado. El tema no estará ausente, con todos sus matices, en el Concilio y en declaraciones episcopales como la de los Estados Unidos y otros.

San Juan Pablo II, el Catecismo de la Iglesia Católica, Benedicto XVI y, ahora, Francisco, hacen, sobre todo, la opción de la paz justa, sin negar que subsistirán tensiones: valía el “*better red than dead*” del tiempo de la Guerra Fría, o hay derecho y deber de defenderse frente a la ocupación de territorios, cuyas consideraciones pueden verse días atrás en el mensaje dirigido por el cardenal Parolin en nombre del Santo Padre a 70 años del Día D. Sin hablar de la intervención humanitaria, necesaria aunque no siempre desprovista de

violencia. Gustavo Irrazábal parte de una reacción cercana a un episodio bélico, la respuesta tibia frente al hecho bélico por parte del Episcopado Argentino cuando el conflicto del Atlántico Sur. Me pregunto si podría haber repudiado el hecho del 2 de abril o siquiera señalado el carácter ilegítimo del gobierno que lo ordenó; carácter, dicho sea de paso, que también tuvo el que declaró la guerra a Alemania y Japón en 1945. Por mi parte, recuerdo, como hacía Monseñor Giaquinta, la silenciosa y eficaz labor del cardenal Primatesta para lograr la intervención papal que frenara la guerra con Chile, lo que quizás sea o haya sido una característica de nuestros obispos de preferir la gestión callada a las declaraciones públicas. Pero la cuestión está planteada y se ofrece a nuestro juicio y reflexión, como parte de un trabajo meduloso y profundo.

Nuestro compañero de estrado, Marco Gallo, nos presenta aspectos de las gestiones por la paz de la Santa Sede. Hace un siglo, Benedicto XV clamaba por el cese de *"l'inutile straghe"*, como recordó más de una vez su sucesor del mismo nombre, así como las acciones de Pío XI, Pío XII, las ya mentada Encíclica *Pacem in Terris* y la alocución de Pablo VI en la ONU, los encuentros de Asís del Papa Wojtyla y de Benedicto XVI a lo largo de los siglos XX y XXI. Marco Gallo es un testigo de primera mano de la labor de paz de la Comunidad Sant'Egidio. Las jornadas anuales de "Hombres y Religiones", de las que tuve el privilegio de participar en Florencia y Roma, tienen el arte de convocar a las figuras más relevantes de la política, la cultura y la religión, a reflexionar y a orar por la paz, en un clima de amistad y hospitalidad excepcionales. Confío que alguna vez sea en Buenos Aires.

El cardenal Jorge Mejía, a quien tanto debe la relación entre judíos y cristianos, que en Roma fuera justamente secretario del Consejo Justicia y Paz, y que culminara su servicio como Bibliotecario y Archivista de la Sede Apostólica, aporta el riquísimo acervo de mensajes para la Jornada Mundial de la Paz, desde el de 1968 –cuando, agregó, organizó en un Buenos Aires desierto y dormido el 1 de enero, un acto interreligioso pionero, en cuya organización me permitió acompañarlo– hasta el último, de Benedicto XVI, "Bienaventurados los que buscan la paz", que – un detalle aparte– es el título del último documento del Episcopado Argentino. Ayer, en los jardines vaticanos, se vivió intensamente el primer lema del pontificado del Papa Bergoglio: "La fraternidad, fundamento y camino para la paz".

Los doctores Alberto Dojas, académico y universitario y Ricardo Arredondo, profesor, ambos diplomáticos y miembros del CARI, en trabajos de muy alto nivel, encaran aspectos ligados entre sí. Ante todo, las organizaciones internacionales (desde ese primer esbozo en el Congreso de Viena o el Anfictiónico que quiso Bolívar), las regionales y, especialmente, la Organización de las Naciones Unidas. El final de la Guerra Fría trajo "nuevos desafíos", constatándose la incapacidad de resolver conflictos en un mundo peligrosamente más imprevisible que el de la OTAN y el Pacto de Varsovia. Dojas releva perspectivas y desafíos para nuestro siglo. Pero el tablero mundial y regional lleva a menudo al "doble estándar", por ejemplo con la "cláusula democrática", diversamente aplicada a Paraguay, Honduras y Venezuela. Sin olvidar cómo la Unión Soviética apoyaba a la Argentina en los setenta, cuando otros países planteaban en los foros internacionales las violaciones a los derechos humanos.

El siguiente trabajo, de Arredondo, trata de la protección de los vulnerables en los conflictos armados. Por un lado, está la “responsabilidad de proteger”, a lo que la Santa Sede ha hecho aportes como el de Juan Pablo II, cuando afirmaba que *“los crímenes de lesa humanidad no pueden ser considerados asuntos internos de una nación”*, al tiempo que rechazaba la intervención unilateral y propiciaba que esa responsabilidad se diera en consonancia con las Naciones Unidas. Es de gran interés el elenco de resoluciones de la ONU sobre la responsabilidad de proteger que cita Arredondo: Libia, Costa de Marfil, Yemen, Sudán del Sur y Siria, que estuvo al borde de una intervención norteamericana en 2013 que el Papa contribuyó a evitar. El autor indica la importancia del Tribunal Penal Internacional creado por el Estatuto de Roma y vigente desde el 30 de noviembre de 2000. Quisiera recordar aquí al doctor Juan Manuel Gramajo, joven y promisorio diplomático que dedicó a ese estatuto, en el que trabajó como parte de la delegación argentina, su tesis doctoral en la UCA, aprobada poco antes de su inesperado fallecimiento.

El libro se cierra con personas que identificamos como “íconos de la paz”. La elección no es fácil, pero el diplomático y miembro del CARI Luis Mendiola va sobre seguro con Albert Schweitzer -admirable intérprete de Bach-, Gandhi, Willy Brandt -ante quien Kennedy pronunció el célebre *“Ich bin ein Berliner”*-, Nelson Mandela -fallecido el 5 de diciembre de 2013-, y la Madre Teresa de Calcuta. La paz, cuando se mira este conjunto, es evidente que no es solamente la ausencia de guerra, es lograr la paz con justicia, es desarmar las manos y los corazones (decía ayer el Santo Padre), es liberar y reconciliar al mismo tiempo -como Mandela-, es ser artesano de la no violencia -como Gandhi-, aun a costa de perder la vida a mano de fanáticos, es hacer que los más pobres de los pobres vean reconocida su dignidad de seres humanos.

Termino reiterando mi agradecimiento como lector a Monseñor Luis H. Rivas y al excelente equipo que brinda una obra original en su enfoque, que merece estar en bibliotecas y universidades; en embajadas e iglesias y en la mesa de luz de hombres y mujeres con responsabilidades políticas. A ellos -a los autores- es aplicable la bienaventuranza: Felices los que trabajan por la paz porque serán llamados hijos de Dios.

**Luis H. Rivas**<sup>5</sup>: Buenas tardes a todos. Ante todo, muchas gracias a los que han hablado hasta ahora por los inmerecidos elogios, ya que, como saben, el libro no es mérito mío. El libro nació por una inquietud de la Editorial Claretiana y no empezó por éste, sino por el anterior, acerca de la pena de muerte. Todo sucedió porque un día la Editorial Claretiana me propuso que escribiera un libro sobre la pena de muerte. Yo les dije: *“Lo único que puedo decir en un libro de la pena de muerte es que yo no estoy de acuerdo pero eso no sirve para escribir un libro y, mucho menos, para que la gente lo compre”*. Después, pensándolo, se me ocurrió una idea: ¿por qué no formar un grupo de gente que entienda, que sepa, que no sean como yo, y pedir a cada uno que hable sobre la pena de muerte pero desde distintos ángulos, según la disciplina que elabora, cultiva o trabaja cada uno? Entonces fui a la Editorial, les propuse la idea y a los

---

<sup>5</sup> Licenciado en Teología y Sagradas Escrituras. Profesor Emérito de la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Católica Argentina.

pocos días me contestaron que estaban de acuerdo pero que les presentara un índice. Hice un índice tentativo, lo aprobaron y me pidieron que hiciera una lista de quiénes podían ser los invitados. La entregué, fue aceptada, el proyecto comenzó a avanzar y así salió el libro sobre la pena de muerte.

Esta vez surgió de la misma gente con la que había colaborado en el libro anterior: ¿por qué no hacer un libro sobre la guerra y la paz? Nuevamente, armé un índice y una lista de invitados. Si yo hubiera aceptado todas las observaciones que me hicieron, el libro tendría varios tomos. *[Risas]*. Con alguna parte del libro, realmente, yo me sentí a gusto porque inmediatamente pensé en Nannini, en Giúdice e Irrazábal, que son los que están más de acuerdo con lo que yo puedo cultivar por la Sagrada Escritura, pero luego el problema se me hacía difícil en materia de relaciones internacionales y los temas más específicos: yo no conocía a las personas; no sabía a quién invitar ni sabía adónde las podía encontrar. Para eso, estuvo allí Norberto Padilla, que, con una caridad y con una paciencia excepcionales, me atendía cada vez para sugerirme nombres. Como yo veía que, además de su caridad y su paciencia, lo hacía con cierto entusiasmo, me animaba y le pedía cada vez más colaboración. Así que, en gran parte, hay que agradecer la colaboración del doctor Padilla en la elección de las personas.

Así fue cómo fueron apareciendo todos los artículos que después hubo que ir leyendo, tratando de ponernos de acuerdo, de evitar repeticiones, todo lo que ustedes saben que tiene que suceder en un libro de esta clase para no repetir las mismas cosas, poner las mismas citas... También el doctor Marco Gallo hizo una gran colaboración en temas tan importantes como las gestiones de los Papas sobre la paz, que era una cosa que a mí se me escapaba. El cardenal Mejía, a pesar de su edad -más de noventa años-, con un gran entusiasmo me contestó que colaboraría y me envió el artículo, que fue excelente, como ustedes lo pueden ver. Incluso sugirió agregar el último documento del Papa Benedicto sobre la Jornada de la Paz, que publicamos íntegro, motivo por el cual hubo que hacer una gestión en la Santa Sede porque tenía los derechos para publicarlo. Gracias a ello, el libro quedó bastante actualizado.

No voy a repetir ahora lo que hizo cada uno de los autores porque ya lo acaban de oír; pero sí tengo que agradecer a ellos por la generosidad con que trabajaron, la competencia que han demostrado en cada uno de los artículos, la humildad de muchos ellos cuando a veces he sugerido algún cambio o corrección, quitar alguna parte o agregar algo nuevo. Siendo que todos tienen doctorados y una competencia mucho mayor que la mía, sin embargo aceptaron como dóciles alumnos las correcciones y las sugerencias que yo iba proponiendo a cada uno. Así salió este libro que, por suerte, por lo visto, ha tenido bastante aceptación. Por ahora, no he recibido críticas sino nada más que elogios. Pero los elogios deben ser antes bien para los que trabajaron.

A algunos autores, como pasó con el doctor Dojas, únicamente los he conocido a través del internet. Con otros, como Arredondo, me conocí en la mesa de un bar con un café entre medio. A otros los he conocido desde antes, como a Gallo o Nannini, que somos muy amigos... La forma de contactarme con cada uno ha sido una anécdota diferente y a veces

muy divertida. Y de todos he recibido la misma generosidad y la misma rapidez en el trabajo, y como ustedes pueden ver leyendo el libro, también la corrección con la que están escritas; la manera, la claridad, la exposición, la división de los capítulos... a mí eso prácticamente no me ha llevado trabajo. Los he encontrado prácticamente publicables.

Y muchas gracias a la Editorial Claretiana porque realmente han hecho un trabajo muy lindo; la buena presentación, como ven, es también agradable a la vista: la tipografía elegida, el diseño de la tapa... Es, realmente, un libro que atrae. Les agradezco a todos ustedes por haber venido aquí a la presentación del libro.

**Adalberto Rodríguez Giavarini:** Muchas gracias, Monseñor. Quisiera hacer un comentario en mi carácter de Presidente de esta casa, en recuerdo a Carlos Manuel Muñiz.

El CARI siempre estuvo orientado a estimular este tipo de presencia. Por eso, si ustedes ven la galería de fotos, en los encuentros del CALIR se produce un hecho muy significativo: en la entrega del Premio Maimónides, dentro del esquema del CALIR, van a ver a Bergoglio en esta casa, culminando uno de los hechos nodales de las tantas iniciativas que se tomaron en la dirección de la libertad religiosa. Sin libertad, no hay diálogo. Un diálogo sin libertad no puede definirse como diálogo, sino sólo como un intercambio de posiciones.

Esto está señalando también cómo esta temática se va construyendo de una manera no demasiado orgánica. En lo internacional, la responsabilidad de proteger, que Arredondo lleva tan a fondo, y también en la necesidad de proteger, que Dojas profundiza, nace de un contexto totalmente distinto. Nace de profesionales de lo internacional, es decir, diplomáticos, que tuvieron que ver con otro tipo de iniciativas. En el caso de la responsabilidad de proteger, como una evolución del derecho internacional, también llevado a cabo muy profundamente en el Instituto de Derecho Internacional y propuesto a mí en algún momento por Carlos Manuel Muñiz para que la Argentina tuviera una responsabilidad muy directa después de haber avanzado tanto en derechos humanos en el período democrático y en participaciones en operaciones de paz. Era dar un paso más y acompañar la iniciativa de Canadá, que quien ahora preside fue Canciller, colega nuestro en ese momento.

Estos nombres convergen todos acá, y lo hablábamos con Padilla, en un raro hecho que es este libro, que usted, Monseñor, con toda humildad describió. En estas cosas casi puntuales que solamente algunas circunstancias pueden hilar, que los creyentes llamamos Providencia o, en algunos casos, Espíritu Santo, pero para los no creyentes pueden ser coincidencias, como se dieron tantas en la Humanidad y en la historia, para generar un producto como éste.

Terminado este comentario como responsable de la casa y de lo que fui testigo, la otra lectura que se puede hacer de este libro es la del creyente común o la del hombre interesado en política. Por las dos cosas estoy comprometido. Para el creyente común, como decía Padilla, es el descubrimiento de la Patrística como una vigencia absoluta. En términos de las concepciones modernas, los fundadores de las ideas, como siempre, tenían una claridad no

sólo preclara sino prístina, en el sentido original de la palabra “prístina”. La vigencia de eso y cómo la historia fue adaptando las posiciones profundas de la paz y a favor de la paz, a condiciones mucho más prejuiciadas por la política y por el gobierno. Era una cosa en que estaba involucrada no sólo la Iglesia sino todas las confesiones, con algunas salvedades. Ésa es una de las líneas que a mí me gustaría que vieran porque clarifican enormemente nuestra propia posición en términos de lectura histórica y política.

Mientras leen, se pueden encontrar con un hecho inédito, que es la comparación que con toda valentía se hace de la posición que tomó la Conferencia Episcopal argentina y la británica en el caso de la Guerra de Malvinas. A nosotros nos interpela en forma directa. ¿Cómo podía ser que los dos, de alguna manera, convalidaran ese hecho que, en realidad, era confrontativo? Una de las partes no podía estar usando el principio, si se quiere, de “guerra justa pero con carácter defensivo”. Creo que éste es un capítulo abierto, como se destacó acá, que a nosotros, en lo cotidiano de la política internacional y el estudio de lo internacional, nos representa un verdadero desafío como argentinos.

Como tuve la oportunidad de comentarle a Arredondo anteriormente, hay dos cosas que le debo a Arredondo: una, que me haya admitido la impertinencia de decirle que me hubiese gustado ver citado en esa situación de Malvinas a aquellos que, desde la política, condenaron, con toda valentía, a la guerra. No todos los argentinos convalidaron la guerra. Algunos, valientemente, fueron capaces de decir “¡No!” a esa guerra en un momento muy especial de la Argentina donde estaban conculcadas las libertades, los derechos humanos. Y aparte, teníamos a toda la población en la plaza apoyando ese evento. Me parece que eso, por un lado, nos interpela, pero por el otro, uno tiene que ser muy optimista en el sentido de que siempre hay alguna reserva que de algún lado sale, como sorpresivamente sucede en este caso con el Papado, que hace que la Argentina sea un caso verdaderamente interesante.

Aprovecho esta oportunidad, antes de abrir a las preguntas, para comentar que Irrazábal escribió un artículo que no figura en el libro y que trata el tema que hace a la justicia pero en sus aspectos económicos. Y nosotros, los que pertenecemos al gremio económico, cuando tenemos responsabilidad pública y tenemos que explicar nuestros hechos, no sólo ante el soberano por el cual hemos sido elegidos o designados, tenemos temas de conciencia bastante complicados.

En su artículo, Irrazábal tiene un punto crucial en ver las dos concepciones que a los economistas nos atormentan en términos del desarrollo sustentable y, por lo tanto, del criterio de distribución de la economía y de la riqueza. Marca dos escenarios muy distintos: el de la concepción europea, según la cual el desarrollo deviene como un proceso natural, acumulativo, que después permite la distribución, y los que pensamos que lo peor que nos pasa en el mundo –y en eso la Iglesia se tiene que hacer eco– es que el proteccionismo es un elemento que impide la justicia universal y la distribución equitativa de los bienes. Mientras que si decimos eso en Europa es escandaloso porque el principio llamado de “seguridad alimentaria” iba en contra de ello y, por tanto, a favor del proteccionismo, en la concepción latinoamericana la justicia viene de la equidad en la distribución, hay un concepto de que

aquello que sea acumulado tiene que ser distribuido, mientras que en Europa el concepto es que aquello que se va creando tiene que ser distribuido.

Y eso, desde el punto de vista de la ciencia, para nosotros es crucial: ¿Qué se pondera primero? ¿Que haya oportunidades de inversión y, por lo tanto, un funcionamiento pleno de las instituciones en orden a garantizar que la inversión se produzca, que la libre iniciativa actúe, etcétera, etcétera, o que con eso ya creado como riqueza ponderemos la distribución? Allí yace la discusión. Las Naciones Unidas ocuparon prácticamente los últimos dos decenios en la sustentabilidad del desarrollo. Como ven, lo que aparentemente, inocentemente, se coloca en artículos y en este tipo de libros (que yo considero que es un manual, que realmente tendría que ser llevado a los centros de estudio) está plagado de lugares que a cada uno de nosotros, en términos de nuestra lectura, nos pueden clarificar; por lo menos, en mi ignorancia, me ha iluminado, y estoy seguro de que solamente puedo interpretar parcialmente muchísimos puntos.

Sugiero que los lectores hagan la misma experiencia. Creo que es un libro fundamentalmente útil. Este comentario que no estaba programado pero lo quise hacer como testimonio de la persona del común que se encuentra con obras que realmente son sustantivas en términos que cuando uno está votando una ley, o cuando uno tiene que estar programando un proyecto de ley o tiene que estar distribuyendo riquezas, con qué criterio lo hace y a qué ideas de fondo responde y qué responsabilidades asume a futuro. En eso, Cynthia, estaba pensando cuando yo leía este libro.

**Elsa Kelly:** Te agradezco mucho, Adalberto, porque has puesto sobre el tapete una problemática que tiene que ver concretamente con el tema de la paz, si queremos obtenerla. Hoy en día, dada la interdependencia y la globalización, tenemos que ser ciudadanos del mundo para ver qué nos está pasando. Y lo que estoy viendo en la sociedad humana es una situación muy contradictoria, porque, por un lado, estamos hablando de desarrollo sustentable, que es un concepto sumamente complejo, por el que hay que cambiar las formas de producir, de consumir, etc., pero, por otro lado, en algo que tiene que ver con la relación entre la justicia y la paz, se ve el impacto de las tecnologías sobre la economía.

Lo que yo estoy viendo y me preocupa es que el ser humano está siendo cada vez más descartado de los procesos económicos. Nosotros, los cristianos, tenemos siempre la idea de la dignidad y el trabajo, pero el trabajo está cada vez más desplazado del centro de atención de la economía. Lo que está ocurriendo es que el centro de atención está en cuántas más utilidades puedo conseguir de la manera más terrible posible: con esta globalización hay una deshumanización en el valor del trabajo del ser humano.

No veo claramente cómo salimos de esta contradicción que está atentando contra la paz en las sociedades humanas -nacionales, provinciales, regionales-. La paz mundial está siendo objeto de una tensión muy grave y no veo que, en términos políticos, filosóficos y de pensamiento, se esté avanzando hacia una solución. El hombre no puede trabajar cuando se lo saca del sistema: ya vemos lo que pasa incluso en nuestro país y esto no es paz social. Esto

es una guerra interna que vemos de manera cotidiana: la violencia surge como consecuencia de esto que estamos viviendo. Por eso, si en la mesa hay alguien que pueda decirme algo para resolver mi dilema, se lo voy a agradecer.

**Marco Gallo:** Más que responder a la inquietud de la Embajadora Kelly, diría que es un tema directamente relacionado con el de la paz: el del desempleo a nivel mundial. Si pensamos en lo que está pasando en Europa, por ejemplo, el nivel de desempleo juvenil en Italia, donde uno de cada tres jóvenes está desempleado, una situación increíble. Es una crisis que se extiende desde 2008 hasta hoy y vemos los efectos.

Respecto de la situación del trabajo, más que una receta porque es un tema muy complejo, pueden ser una fuente de inspiración y de reflexión los discursos que hizo Bergoglio sobre el tema del trabajo y la dignidad al dar las homilias a San Cayetano y en otras conferencias. Esto también puede ser de ayuda para nosotros para retomar el tema de la dignidad del trabajo, y cómo volver a instaurar una cultura del trabajo, cuando hoy tenemos grupos criminales, el narcotráfico, el juego o la trata de personas, que crea una enorme masa económica, una anti-economía. Por lo tanto, existe un problema de contradicción.

**Luis Mendiola:** Quería hacer una breve aclaración respecto del artículo. Como pueden ustedes imaginar, cinco o seis grandes personalidades, por más destacadas que sean, como las que elegí, no cierran el discurso respecto de los íconos de la paz. El padre Rivas me pidió que juntara algunos más, pero yo preferí no agregar más porque si uno suma muchos nombres, diluye la importancia de cada uno, y quise destacar particularmente a esos. Indudablemente, en el siglo XX hubo muchos más que esos, incluyendo también instituciones que recibieron el Premio Nobel de la Paz (entre ellas, la Organización para la Prohibición de las Armas Químicas, recientemente). El tema podría continuar mucho más que lo que contiene el volumen: habría personalidades de finales del siglo XX y comienzos del siglo XXI que podrían estar en una continuación. Hay que tener esperanzas por ello. No son pocos los íconos de la paz.

**Irma Sosa Rosales:** Este tema lo veo como una utopía: siendo Embajadora de la Paz y trabajando para ella, si la justicia se silencia, como estamos viendo en todos los ámbitos, la paz y el apoyo a Su Santidad el Papa Francisco van a ser muy arduos. Si bien es cierto que ahora con el Presidente de Israel se ha arribado a un diálogo y a una concientización, llegaríamos mucho más allá si la justicia fuera la que dictara verdades, la que sacara telones, la que iluminara ámbitos. La paz sí sería la reina.

**José Octavio Bordón:** El libro abre un tema muy complejo, difícil de agotar en una conversación. Tuve la oportunidad de compartir el último miércoles en la plaza de San Pedro, antes de que Francisco partiera para Jerusalén, y hubo allí cosas que me impactaron. La primera es que se refirió a la ciencia y a la libertad de la Creación: somos creados libres y, si bien era tradicional decir que desarrollar el conocimiento era honrar al Creador, el Papa Francisco dijo que había que honrar a nuestros hermanos y estar al servicio de ellos. Estas son ideas que se refieren también al tema del empleo y la complejidad del desarrollo tecnológico,

El Papa también dijo: “Dios perdona siempre... cuando hay arrepentimiento. Los hombres a veces perdonamos y a veces no. La naturaleza no perdona nunca”, planteando el tema de la responsabilidad, de cara a la paz, de la sustentabilidad.

Me impactó mucho que el Papa se presentase como un humilde ser humano y un pecador. Pero como un pecador al que le duele el pecado y que busca reconciliarse. Yo creo que es mucho menos pecador de lo que él dice. Pero hay algo que es la base, que es el pluralismo. Si nosotros no nos reconocemos con humildad, también es muy difícil una construcción de la cultura de la paz.

Los grandes medios del mundo más desarrollado tratan de colocarlo como un líder político que reemplace la falta de liderazgo político para recuperar los problemas del empleo. Pero este no es un problema de la tecnología, porque si no sería equivalente a decir que la Revolución Industrial fue la culpable de la injusticia. La madurez material de una sociedad tiene que dar respuestas, no solamente desde lo intelectual sino también desde lo moral y los valores. Echarle la culpa a la sociedad del conocimiento, que podría traer el mejor momento del empleo y de su humanización que hemos conocido, me parece que es gravísimo. Aunque sea muy difícil. Es la misma historia que la de los que querían destruir las máquinas, hasta que vino un sistema institucional y cierto consenso internacional para que se protegiera más a las mujeres, que los niños no trabajaran, que hubiera vacaciones. Hubo un cambio de la cultura que permitió que lo que parecía que iba a destruir al ser humano se convirtiera en una etapa de mayor humanización. Es un gran desafío.

Cuando el Papa va a Jerusalem y nos invita a orar y propone un encuentro en el Vaticano, dice: “Los invito a mi casa, yo vivo en el Vaticano”. Eso lo interpreté como una absoluta precisión de la palabra. Como si hubiera dicho: “No los invito para jugar de local, sino realmente a mi casa; yo vivo ahí”. La oración no se presenta como un tema religioso sino como de “valores”: recuperemos los valores, recuperemos el diálogo y después, que los artífices políticos o los artífices económicos o los artífices tecnológicos, los líderes, sobre estos valores, sobre este espíritu de diálogo, se dispongan a construir las instituciones y a resolver los problemas de la paz.

Eso es algo que siempre le reconocí al cura Bergoglio cuando tenía veintinueve años: su gran compromiso con la pobreza y los valores nunca lo llevó a despreciar los liderazgos políticos, sindicales o empresariales, sino justamente al revés: había que proponer esos liderazgos para evitar, justamente, caer en el error de haber confundido el rol de la religión con el reemplazo de los líderes que tienen la responsabilidad. Esa convocatoria no es para ser artífice de la paz en Medio Oriente sino para traer el Espíritu, para que los responsables políticos construyan las medidas que permitan la paz.

**Marco Gallo:** Conuerdo plenamente con lo que dice el Dr. Bordón porque me parece que refleja exactamente el cambio de perspectiva que hizo el Papa Francisco: las mediaciones políticas de todo tipo han fracasado. Entonces, la cuestión es cambiar de rubro, cambiar la

perspectiva. En 1989, en la caída del Muro, Juan Pablo II dijo de Andrea Riccardi: “La oración de Asís hizo caer el Muro de Berlín”. O sea, es la convicción profunda de que hay energías subterráneas dentro de la oración que cambian, efectivamente, la historia, que preparan los corazones. Hace años, cuando era provincial de los jesuitas, Bergoglio decía que si la estructura cambia, se cambia el corazón del hombre, y esto vale para todos. Cuando habla de la política, Bergoglio la describe –siguiendo también la enseñanza de la Iglesia y de sus antecesores– como “el más alto servicio de la caridad”. Esto me parece importante, es la disposición de los corazones a ver que es posible cambiar, es posible cambiar la historia, porque es un tiempo de estancamiento de más de sesenta años. Bergoglio ha cambiado la perspectiva. Y esto hay que leerlo. Es muy importante lo que usted decía, me parece que también lo había mencionado Rodríguez Giavarini, de tantear el riesgo de los medios, de reducir también esto, de reducir o de banalizar el tema.

**Elsa Kelly:** Quería aclarar que está lejos de mí tener una visión oscurantista que de alguna manera tenga por objeto controlar la ciencia o algo por el estilo. Yo simplemente quería señalar que hay una contradicción y que hay tres ejes en la forma en que se producen bienes y servicios en el mundo: la economía, la ciencia aplicada a la tecnología y la política, que pareciera que están como rueditas sueltas que no se ponen de acuerdo. Simplemente eso quería aclarar.

**Adalberto Rodríguez Giavarini:** La contradicción que estamos viendo, en lugar de verla como un desafío por la negativa, tenemos que verla como un desafío por la positiva. No tenemos respuesta a ese desafío que nos plantea Bordón.

**Cynthia Hotton:** Quiero agradecerle al padre Rivas y a todos aquellos que lo escribieron por este libro, porque aquellos que queremos llevar los valores cristianos a la política, necesitamos estos libros y estas herramientas para sintetizar las ideas: no es lo mismo ponerlas en práctica que citar a todos aquellos que ya estudiaron el tema en profundidad. Así que muchas gracias porque para nosotros es una herramienta de trabajo.

Mi pregunta iba exactamente al punto que planteó el Dr. Bordón. Estoy escribiendo una tesis sobre la libertad religiosa y el rol de la Secretaría de Culto. Me reuní con un sociólogo ateo y cuando le manifesté mi gran expectativa por el próximo encuentro entre el Papa Francisco y los referentes de Israel y Palestina me contestó “¿Pero no crees que el Papa se está jugando demasiado? Porque no sé si lo va a lograr”. Allí me di cuenta que los que vivimos una espiritualidad vemos en su gesto una esperanza espiritual que va más allá de lograr o no que haya reconciliación: es creer realmente que Dios puede estar actuando en ese encuentro a través de las oraciones de millones y millones de personas, que es lo que ustedes acaban de responder.

Mi pregunta es que el libro habla de “nunca más la guerra”: ¿Creemos que en la humanidad o en la historia podemos seguir con este cambio?. Hay hombres que, como fueron mencionados en el libro, por sus aportes han cambiado la historia, sumado a otros como Martin Luther King, que desde su visión cristiana apoyaron o formaron las bases para la

Declaración Universal de los Derechos Humanos, que ha cambiado la postura de la humanidad y la ha mejorado. ¿Creemos que, ahora, con esta idea de encuentro desde lo más profundo del ser humano, podrá haber una tendencia a que se reduzcan las guerras? ¿Podemos creer en eso?

**Luis H. Rivas:** Hay un dicho popular que dice “Como no sabía que era imposible, lo hizo”.  
[Risas]

**Asistente:** Tanto lo expuesto en el libro como lo comentado por ustedes y la referencia a los Padres de la Iglesia y de los últimos pontífices nos llenan de responsabilidad, porque la otra lectura que yo tengo, también desde la ignorancia, quizás porque soy médico, es que las tres religiones monoteístas tienen en su haber genocidios importantes. Entonces, ¿qué nos asegura que el genocidio de las religiones monoteístas no se va a repetir?. Es decir, nuestra responsabilidad respecto a ese hecho.

**Norberto Padilla:** Difícil prever el futuro. Creo que de algo que podemos estar seguros: el cristianismo es seguro que no hará en el futuro nada parecido a alguna cosa que hizo mal. Yo contextualizo un poco como lo hizo Juan Pablo II: “no condeno la conquista de América...”, como algunos hacen alegremente hoy con Colón. De todos modos, aquello de no usar el nombre de Dios para instigar a la violencia y la desolación creo que está aprendido. Desde ya creo que el judaísmo lo mismo. Aunque siempre hay elementos extremos, poco a poco, van a ir quedando marginados. Y lo mismo creo que pasa en el Islam.

¿Cuánto pensábamos los católicos en la libertad religiosa en el siglo XIX? Los pobres constituyentes del '53 se hacían problemas de conciencia con eso. Y sin embargo, pasó el tiempo y hemos descubierto, prácticamente a partir del Vaticano II, lo que es la libertad religiosa. Yo creo que uno ve cuando el Papa estaba en Jordania, su encuentro con el rey Abdullah, en un país donde se respeta, quizás con sus limitaciones, la libertad religiosa. No es como algunos otros países, por cierto. Creo que también hay un tiempo que darle, es una cosa que va a ir cambiando. La globalización misma tendrá sus efectos. Cuando la gente no se conoce es cuando viene el prejuicio y el odio. Cuando no conocemos tenemos el prejuicio, el desprecio.

**Asistente:** Yo no me quisiera ir de esta tan valiosa reunión sin expresar el dilema que se me plantea: ¿Estamos hablando de la paz de los hombres o de la paz de Dios? Porque Cristo fue muy claro en distinguir una de otra. Cuando le dice a sus discípulos: “La paz os dejo, mi paz os doy”, no es la que los hombres promueven. Yo creo que estamos vaciando ontológica y axiológicamente el sentido de la paz si no aclaramos de qué paz estamos hablando. El nombre de la paz la han utilizado los imperios para dominar el mundo. Por ejemplo, la paz romana: ¡dominó durante siglos! Después tuvimos la paz británica. Y hoy tenemos la paz americana. Yo le pregunto, Padre, ¿es esa la paz de la que estamos hablando? ¿Es el Premio Nobel de la Paz dado al señor Kissinger o al Presidente Obama, que todavía me pregunto por qué se lo dieron? ¿Por qué no volvemos sobre la paz de Cristo, esa paz que tiene que anidar

en los corazones, y la distinguimos de esta otra tan bastardeada, tan manipulada, que es de la que hemos hablado casi toda la noche? Gracias.

**Luis H. Rivas:** Yo no desarrollé el tema porque, naturalmente, está expuesto por los expositores que escribieron aquí, sobre todo, la parte de Nannini, que escribe desde la perspectiva bíblica y donde está el tema de la paz. El *shalom* que viene de Dios.

En el prólogo yo había escrito algo e incluí la frase de Tácito cuando critica a los romanos y dice que cuando provocan un cementerio, dicen que eso es paz. Lo dice con toda ironía y eso, efectivamente, es lo que usted está diciendo, que esa es la paz que da el mundo a veces. Por supuesto que en la Sagrada Escritura vemos que la paz es un don de Dios. *Shalom* en hebreo significa eso, la totalidad de los bienes, y esa es una planta que no brota acá en la tierra sino que tiene que venir desde el cielo. El *shalom* es algo que tiene que dar Dios. Y por eso Jesús se expresa en esos términos en el Evangelio de Juan y, después de la Resurrección, lo repite allí tres veces: “La Paz esté con ustedes”, y es el momento cuando está con el Espíritu Santo y todo lo que había prometido durante su vida se produce cuando se da la Resurrección de Jesucristo.

Pero hay otra cosa: para poder recibir esa paz, como se dice en otra parte del Evangelio, si hay alguien digno de ella, hay que preparar el corazón para recibirla. Hay una frase de san Agustín que lo resume todo: “Si quieres la paz, comienza por ponerla en tu corazón”. Entonces, los hombres tenemos que prepararnos para la paz y poner la paz en el corazón para que Dios derrame el *shalom*, cual *salaam* de los árabes, que es ese don de Dios que es la paz que viene desde el Cielo. Pero no se da si antes nosotros no preparamos el corazón. A la paz tenemos que elaborarla y cultivarla y tenemos que ser artífices de la paz, artesanos de la paz, como dice el Papa, para que Dios después nos dé ese don que nosotros no podemos cultivar aquí en la Tierra. No sé si esto responde a su consulta.

**Asistente:** Me voy muchísimo más tranquilo, me pareció que faltaba eso.

**Lilian O’Connell de Alurralde:** Quiero felicitarlos por el libro y por su título que me parece tan bien elegido: “Nunca más”.

**Luis H. Rivas:** Bueno, ese es de la editorial [*Risas*]. Cuando se trató de poner el título, yo quise poner el de Tolstoi, “La guerra y la paz”, pero me dijeron que Tolstoi me podía hacer un juicio [*Risas*], entonces la editorial se ocupó de ponerlo y yo me enteré del título cuando ya tuve el libro en la mano.

**Lilian O’Connell de Alurralde:** Se ve que es una editorial bastante sabia. Lo que me pareció muy interesante es equiparar la paz con la fraternidad, que es uno de los sentimientos más universales. Uno puede abogar por la paz no sólo con personas de la misma inclinación religiosa, sino con todos los demás. La fraternidad no pertenece solamente a la religión sino incluso a movimientos tan poco religiosos como la Revolución Francesa, donde está la idea de

que somos realmente hermanos. El concepto de fraternidad me parece fundamental y enriquece todos los pensamientos, religiosos y no religiosos.

**Adalberto Rodríguez Giavarini:** La invitación que ha hecho el Papa a agnósticos y ateos terminó de completar el sentido de fraternidad que tiene el nuevo Papa.

Quiero agradecer enormemente, no sólo la presencia, sino también la actividad que ustedes tuvieron en esta reunión. Siempre estas semillas fructifican bien, el árbol crece y da sombra. Sigamos trabajando por la paz en el mundo.

